Referencias bibliográficas

[1] H. Brun: "Futility 1964", en *Compositions*, Non Sequitur Records, Champaign, Ill., Side Six (1983).

[2] B. P. Held y E. Pols: "The Confusion about Epistemology and *Epistemology* and What to do About It", *Family Process* 24, 4 (1985).

[3] P. Edwards: *The Encyclopedia of Philosophy*, N. York, MacMillan (1987).

[4] G. Bateson: *Mind and Nature, A Necessary Unity*, N. York, Dutton (1979).

[5] Aristóteles: *Metafísica, las obras de Aristóteles*, vol. 8, 1ª ed., trad. de W. D. Ross, Oxford, The Clarendon Press (1908).

[6] W. D. Ross: "Preface", *The Works of Aristotle*, vol. 8, 1ª ed., *op. cit.*

[7] L. Wittgenstein: *Tractatus Logico-Philosophicus*, Nueva York, The Humanities Press (1961).

[8] M. Heidegger: *Existence and Being*, trad. de D. Scott, R. Hall, y A. Crick, Chicago, University of Chicago Press (1949).

[9] W.V.O. Quine: *From a Logical Point of View*, Cambridge, Harvard University Press (1953).

[10] N. D. Mermin: "Is the Moon there when nobody looks? Reality and the quantum theory", *Physics Today*, 38: 38-47 (1985).

[11] D. Hilbert: *Foundations of Geometry*, 2ª ed., La Salle, Ill. (1971).

[12] J. Piaget: "The Psychogenesis of Knowledge and Its Epistemological Significance", en Piatelli-Palmarini, M. (comp.), *Language and Learning: The Debate Between Jean Piaget and Noam Chomsky*, Cambridge, Harvard University Press (1980).

[13] H. M. Maturana: "Biology of Language: The Epistemology of Reality", en G. A. Miller y E. Lenneberg, (comps.), *Psychology and Biology of Language and Thought*, Nueva York, Academic Press (1978).

[14] H. von Foerster: "Notes pour un épistemologie des objets vivants", en E. Morin y M. Piatelli-Palmarini (comps.), L'Unité de l'homme, París, Editions du Seuil. Versión inglesa: "Notes on an Epistemology on Living Things", en H. von Foerster, *Observing Systems*, Seaside, California, Intersystems Publications (1984). Incluido en este volumen como capítulo 3.

[15] D. Arbus y M. Israel: *Diane Arbus*, Millerton, N. Y. An Aperture Monograph (1972).

[16] H. von Foerster: "Formalisation de certain aspects de l'équilibration de structures cognitives", en B. Inhelder, R. García, y Voneche (comps.), *Epistémologie Génétique et Equilibration*, Neuchâtel, Delachaux et Niestle (1977). Versión inglesa: "Objects: Tokens for (Eigen-) Behaviors", H. von Foerster: *Observing Systems*, Seaside, California, Intersystems Publications (1984).

[17] D. R. Hofstadter: "Metamagical themes", *Scientific American*, 246: 16-28 (1982).

[18] L. Loefgren: "Autology of time", *International Journal of General Systems*, 10: 5-14 (1984).

[19] F. J. G. Varela,: "A calculus for self-reference", *International Journal of General Systems*, 2: 5-24 (1972).

III

Cibernética, lenguaje y sociedad

Comentario introductorio

Marcelo Pakman

Los tres artículos de la Parte III aplican el enfoque de la cibernética de segundo orden, presentado en la parte anterior, a problemáticas diversas que tocan, como veremos, el campo de intereses del terapeuta familiar.

"Desorden/orden: ¿descubrimiento o invención?" es un análisis de propiedades que son comúnmente entendidas como atributos de los sistemas que estudiamos, en términos que permiten entenderlas como productos de la interacción del observador con lo observado. En términos más cercanos al terapeuta familiar, la pregunta que se responde aquí sería: ¿son las regularidades o pautas (o la falta de ellas) atributos que descubrimos en las familias con las que trabajamos, o son ellas inventadas en nuestra interacción con ellas, y son parte, entonces, del dominio descriptivo que co-generamos pacientes y terapeutas?

Von Foerster encuadra su respuesta en la tradición de Gregory Bateson, que tan consciente fue a través de toda su obra de distinguir el dominio de nuestras explicaciones (reconociéndolas como tales) sin "cosificarlas" en propiedades de lo observado. Este enfoque es caracterizado aquí como "epistemológico", porque en el momento en que dejamos de considerar que las nociones que usamos son propiedad o atributo de los sistemas observados, para concebirlas como producto emergente de la interacción entre nosotros y el sistema observado (que es a su vez un sistema observador como nosotros), nos movemos de la ontología a la epistemología, de los sistemas observados a nuestro conocimiento de ellos.

Más aun, la noción misma de sistema es otra de tales nociones que surge en la descripción. Los sistemas no traen adherido un cartel diciendo "esto es un sistema". Qué va a ser considerado como elemento del sistema "familia" debe ser definido también (incluyendo aquí la propia definición familiar). Una de las decisiones terapéuticas es definir quiénes habrán de ser incluidos en el sistema terapéutico. Lo dicho implica que una familia no "es" un sistema, sino que puede ser entendida en términos de sistema, y emerge como tal sólo en la medida que un observador la piensa en esos términos, y ese pensar guía sus interacciones con los miembros de ese grupo.

Desorden, orden, organización, complejidad, etcétera, son sucesivamente analizados como dependientes del observador. Una vez argumentada esta posición, von Foerster presenta una hipótesis fundamental: todas estas nociones tienen que ver con una actividad computante por parte de un observador operador que es quien genera las distinciones que configuran un orden; o fracasa en generarlas, siendo el desorden la manifestación de dicho fracaso; o genera más orden en este dominio y menos en aquél (estableciendo comparaciones); o compara órdenes diferentes que permiten decir aquí hay más complejidad que allí. Pero lo más fascinante en la emergencia de estas nociones es que ellas son dependientes del lenguaje *usado por el observador que, en verdad, no es nunca "un" observador, sino una comunidad de observadores en interacción. Es ese lenguaje el que da el marco de referencia que permite crear distinciones donde no las había, más o menos complejidad en tal o cual dominio, de acuerdo con las necesidades o metas establecidas, etcétera.*

La empresa terapéutica puede así ser entendida como un proceso de generación de un cambio de lenguaje, como marco de referencia para la posibilidad de emergencia de nuevos ordenamientos (y desordenamientos), manifiestos en nuevas acciones en los dominios acordados como problemáticos. Por acciones entendemos aquí conductas de todo tipo, incluidas ese tipo particular de acciones que consisten en emisiones sonoras que remiten a otras acciones (e incluso a sí mismas), es decir, esos ruidos con significado consensual a los que llamamos lenguaje.

Particularmente interesante resulta también jugar con la noción de que lo que llamamos "crisis", "confusión", tiene que ver con la falta de un lenguaje que permita un ordenamiento diferente del mundo experiencial. La noción misma de temporalidad es construida de un modo semejante, o es incluso construida como "inexistente", lo cual permite entender de un modo novedoso eso que llamamos "urgencia" en el campo de la psicoterapia. En cualquiera de estos casos, una vez que todas estas nociones son ubicadas en el dominio cognitivo, como von Foerster señala, se vuelven pasibles de cambio a través de una elección *del lenguaje adecuado, lenguaje que será co-generado en el sistema terapéutico.*

El lenguaje no es un instrumento que describe lo que sucede en la familia, sino el nombre de un contexto que construye lo que sucede, y es una elección en el dominio cognitivo. Buena parte de la terapia familiar es el proceso de negociación y generación de nuevos lenguajes, usando para ello la ambigüedad propia de todo lenguaje, tan frecuentemente "congelada" cuando una conducta ha sido construida como síntoma. En tales circunstancias los significados se vuelven unívocos y, paralelamente, los cursos de acción se restringen.

Von Foerster subraya la ética implícita en la noción de elección de un

lenguaje. Constructivismo no implica "vender" una realidad alterna al paciente, sino generar conjuntamente lenguajes alternos. Lo que sí se plantea como problemático es cómo operar esa transformación de lenguajes cuando, con mucha frecuencia, la "epistemología" de los miembros de la familia no coincide con la del terapeuta. ¿Es aquí imprescindible "enseñar" epistemología a nuestros pacientes? ¿Hasta qué punto es posible evitar hacerlo? Si lo hiciéramos caeríamos en lo que, manifiestamente, queremos evitar, a saber, validar algunas visiones del mundo como "realidades". Más aun, ¿cómo operar cuando la "epistemología" de algunos miembros de la familia valida ciertas visiones del mundo y no otras? Una versión no ingenua del constructivismo no podrá pasar por alto estas problemáticas. Como en el caso de toda teoría, nuevas problemáticas emergen (o viejas problemáticas reaparecen). El constructivismo no da (y no se debería esperar que dé) respuestas finales a problemas básicos del conocer y de las interacciones humanas, pero es un paso en el intento de incorporar nuevos reguladores que permitan enfrentar dichos problemas. En términos foersterianos, no permite ver pero sí tomar conciencia de ciertas cegueras. No garantiza una ética, pero da nuevos elementos para su construcción.

El imperativo ético que von Foerster propone aquí puede ser incorporado por el terapeuta como un nivel de reflexión permanente: ¿está mi intervención aumentando el número de alternativas para todo los participantes en este sistema (incluido yo mismo)? ¿Qué nuevo campo de libertades mutuas hemos generado en nuestra interacción? ¿Qué nuevo campo de restricciones hemos generado para el futuro?

"Conocer y dejar conocer" plantea, desde el título mismo, una visión novedosa sobre el conocimiento, que para el terapeuta podríamos expresar en los siguientes términos: cada vez que alcancemos un nuevo entendimiento acerca de una familia, ¿qué oportunidades para el entendimiento de cada uno de sus miembros estamos permitiendo o restringiendo? Las relaciones entre conocer y dejar conocer son complejas. Muchas veces el conocimiento de alguien, lo que alguien sabe, resulta un obstáculo para el conocimiento del otro. En este sentido, podríamos postular que en un sistema familiar o terapéutico, sus miembros han aprendido algo si, y sólo si, ese nuevo discernimiento abre un espacio para el conocimiento de los demás miembros del sistema. La pregunta es aquí: ¿qué es lo que mi conocimiento te permite saber a ti? y viceversa.

El artículo, orientado originalmente a responder a ciertas problemáticas de los bibliotecarios, menciona ciertas presiones económicas, políticas, sociales y legales a las que ellos están expuestos. La articulación de la respuesta excede ampliamente el campo de aplicación original y se muestra particularmente fértil para el campo terapéutico.

Von Foerster menciona también lo que él califica como una "disfunción social", consistente en la falta de interacción entre especialistas en diversos campos. Semejantes presiones y parecida disfunción aquejan hoy el campo de la salud mental. Diferentes especialistas y agencias están, con mucha frecuencia, involucrados en el tratamiento de las familias y cada uno de ellos se encuentra en un cruce de caminos entre sistemas operando con diferentes lenguajes, objetivos, metodologías, etcétera. En tal contexto la terapia dista mucho de ser lo que cada uno de esos especialistas (psiquiatras, psicólogos, terapeutas familiares e individuales, médicos clínicos y pediatras, cortes, sistemas diversos de adopción, sistemas prepagos de salud, compañías aseguradoras, etcétera) consideraría su campo ideal de operación. De hecho el "paciente" que cada uno de estos operadores construye no es el mismo, y tensiones crecientes suelen hacer evidente que el foco, a poco de andar, se desplaza y se torna necesaria una "terapia de la terapia".

Para tratar al paciente, es el sistema terapéutico el que requiere ser tratado. La metodología consiste, para von Foerster, en generar un lenguaje que transforme al "monólogo en diálogo", y esto sólo sucede cuando el lenguaje es un "instrumento de coherencia social". Cuando estamos en el terreno de la interacción "monológica" lo que cada uno entiende, sabe, conoce, es una afirmación sobre el ser de las cosas, y el propio ser de cada uno se da por garantizado e independiente de lo que cada uno entiende. El camino está abierto así para lo que Humberto Maturana llama "el argumento que obliga". En la interacción dialógica se vuelve aparente que "ser es conocer". Que cada uno construye en sociedad un mundo donde luego habitamos y, más aun, que lo que cada uno "es" se define y construye al mismo tiempo. De allí que el cambio cognitivo implique cambio en el ser, en la identidad y, viceversa, el cambio en la identidad conlleve un nuevo contexto social, familiar, lingüístico.

La terapia de segundo orden es un instrumento particularmente eficaz para que el terapeuta se vuelva un facilitador de diálogos entre esos diferentes lenguajes involucrados. En relación con las estrategias (en el sentido de modos de operar con lo impredictible, no en el de imponer una estructura) a ser utilizadas en la tarea de facilitar el diálogo entre lenguajes diferentes, resulta interesante considerar la distinción que von Foerster toma de Gordon Pask entre dos estilos de aprendizaje diferentes: el de los "holistas" y el de los "serialistas". Los primeros aprenden afrontando los problemas "in toto" y preguntándose qué hacer con él. Los segundos lo desmontan en partes, lo analizan, se preguntan acerca de su estructura, función, etcétera. Por supuesto, aparecen bloqueos en el mutuo aprendizaje cuando estilos diferentes tratan de interactuar sin dar cuenta de esta diferencia. En el campo de la terapia todo terapeuta podría reconocer con facilidad cómo los holistas acusarán a las operaciones de los serialistas como faltas de una meta clara,

no conducentes, "lentas", perdidas en aspectos irrelevantes, etcétera, en última instancia de "no cambiar" en la medida en que no siguen los presupuestos holistas acerca de lo que es cambiar; los serialistas, a su vez, acusarán a los holistas de estar simplificando el problema, de encararlo superficialmente, de cubrirlo con seudosoluciones, en última instancia de "no querer realmente cambiar", en la medida en que no siguen sus propios presupuestos acerca del cambio. Una terapia de segundo orden operará con estas fuentes de malentendidos, generando descripciones más abarcativas que incluyan a ambos estilos en un acuerdo que dé lugar a un problema compartido.

No menos importante es la noción de convivencialidad *que von Foerster toma de Iván Illich. Los miembros de un grupo conviven cuando la propia voz de cada uno de ellos cambia a través de la voz de los demás, regulando la tendencia a estructurar su conducta en la negación de la visión ajena.*

El último artículo de la Parte III, "Principios de autoorganización en un contexto socioadministrativo", es la presentación más detallada, en esta colección, de la noción de valor Eigen, "valor propio de un sistema", entendido como aquella operación, conducta, etcétera, que emerge a partir de las interacciones entre los miembros de un sistema, operando unos sobre otros sin intervención de factores de información ajenos al sistema. Es decir, son emergencias propias del sistema funcionando como una organización informacionalmente cerrada sobre sí misma, en clausura.

De acuerdo con la noción anterior el terapeuta no es alguien que "hace algo sobre la familia", sino que es un cultivador y orientador de los procesos autoorganizacionales que ocurren en el sistema que el terapeuta co-forma con la familia. Toda descripción sistémica sobre la familia en cuestión es, entonces, una emergencia de la relación terapéutica, así como lo son las descripciones que surjan sobre esa misma interacción terapéutica. Al mismo tiempo, el concepto de operaciones propias de un sistema implica que no todas esas operaciones resultan eficaces. Sólo algunas de ellas lo son: las que cumplen con ciertos requisitos o restricciones impuestas por el hecho de ser emergencias de un funcionamiento en clausura. Dicho de otro modo, sólo resulta una operación propia del sistema verdadera aquella que pasa la prueba de la autorreferencia. Si en el campo matemático esto resulta evidente, no lo es tanto qué debemos considerar como operación "verdadera" en el campo de la interacción social.

Para expresarlo en términos de nuestra disciplina: ¿cómo sabemos que un relato que ha emergido del operar en clausura del sistema terapeuta-familia es un relato "verdadero"? El pasaje del campo matemático al campo social debe aquí ser "negociado". Quizá no podamos aquí hablar de narración "verdadera", sino de narración eficaz, ética y estética, como lo dijimos

en el comentario a la Parte II. Agreguemos ahora que para que un relato sea capaz de pasar la prueba de la autorreferencia debe cumplir con una condición propuesta por von Foerster: debe tratar de hacer lo que dice. El terapeuta ha de hacer lo que dice, y ha de hacerlo en el marco del sistema en el cual está operando: si propone disolver ambigüedades, lo hará en su interacción con la familia a la cual le propone tal estrategia, ritualizará la interacción en el mismo sentido en que propone un ritual, propondrá, en general, un contexto de interacción paralelo al que ejecutará en su operar terapéutico, se hará a sí mismo con curiosidad genuina las preguntas que hace a los otros miembros del sistema, etcétera. En este caso, las narrativas que emerjan como propias del sistema terapéutico tendrán una coherencia interna que será sólo afirmada, negada, negociada, en interacciones ulteriores que, a su vez, se reintroducirán en la narrativa haciendo de ésta una operación recursiva.

Negociación es, justamente, el término que von Foerster propone como manifestación del operar recursivo que hace de un sistema un fenómeno autoorganizador. Negociación es intento de resolución de un problema común entendiendo que, por supuesto, que va a ser construido como problema común requiere también negociación, así como tanto otros núcleos en torno de los cuales precipitan las narrativas que surgen de la interacción terapéutica: diagnóstico, síntoma, participantes, temas pertinentes e impertinentes, etcétera.

Von Foerster propone, por último, cuestionar nuestro propio pensamiento terapéutico, en tanto esquema inferencial, en tanto "máquina trivial", lo cual nos permitiría operar de modos menos predictibles y más adecuados al proceso histórico particular del que somos parte. Un terapeuta obediente a su "voz interior" enfrentará, sin duda, un verdadero desafío en el contexto de una salud mental administrada aún, en gran medida, como una operación de control social.

6

Desorden/orden: ¿descubrimiento o invención?*

Este es un gran simposio. Estoy disfrutando cada minuto de él. Sin embargo, siento que hay una ausencia, y esa ausencia está dada por el hecho de que Gregory Bateson no está con nosotros. La razón por la cual yo, en particular, estoy triste de que él no esté entre nosotros, no es solamente que él hubiera disfrutado tremendamente de estar acá y que ustedes hubieran disfrutado asimismo de su presencia, sino también que yo necesitaría su ayuda para afrontar una de las preguntas que se han vuelto continuamente recurrentes durante esta conferencia. He aquí la pregunta: *¿Son los estados de orden y desorden, estados de las cosas que han sido descubiertos, o que son inventados?*

Lo que intento decir es que son inventados. Necesitaré toda la ayuda que pueda reunir para defender esta posición, y para ello es que invoco la presencia del espíritu de Gregory Bateson, para que esté a mi lado y me ayude ahora en mi defensa. Voy a pedirle a él que nos entregue una de sus tan encantadoras viñetas, de esas que pretenden ser diálogos entre una hija y un padre ficticios (yo no creo que estas ficciones sean tan ficticias, en realidad). El llamaba a estos diálogos *Metálogos* y voy ahora a recordar uno de ellos haciendo, por mi parte, algunos comentarios. Hay uno que se llama: *Metálogo: ¿Qué es un instinto?*. Comienza con la hija preguntándole al padre: "Papito, ¿qué es un instinto?". Ahora bien, si mi hija o mi hijo me hubieran preguntado: "Papito, ¿qué es un instinto?", lo más probable es que yo hubiera caído en la trampa de darle una definición lexicográfica, aprendida. Por ejemplo, yo le hubiera dicho: "Un instinto, mi querida, es la conducta innata de los animales, que no es aprendida, que tiene cierta complejidad, etcétera", o bien algo parecido. Sin embargo, Bateson no cayó en esa trampa, y como respuesta a "papito, ¿qué es un instinto?", dijo: "Un instinto, mi querida, es un principio explicativo".

* Este artículo fue publicado en: Paysley Livingston (comp.): *Disorder and Order*, Proceedings of the Stanford International Symposium (September 14-16, 1981), Anma Libri, Saratoga, 1984, 177-189.